

Antonio Rondón Lugo

Hacer una semblanza de mi amigo Antonio en pocos minutos es imposible ya que su vida no ha sido de contemplación sino de protagonismo.

Si yo lo tuviera que definir con un adjetivo diría que es un guerrero de la vida, en el sentido más amplio de la palabra.

De estrato humilde y provinciano se sobrepuso a las piedras que el camino de la vida le impuso con optimismo, con una frase que lo representa, “Bien bueno, porque podemos...”, esto lo dice ante cualquier problema que se le presente.

Creció en la Venezuela post-gomecista a caballo del progreso (pero a caballo abanderado) . Insigne trabajador, hombre de familia, médico en el amplio sentido de la palabra, pragmático, sagaz, poeta, intuitivo, son también adjetivos que calza perfectamente.

Antonio Rondón Lugo, nació en Clarines, el 11 de enero de 1939, de padres humildes y muy trabajadores que le inculcaron el amor a su terruño y le sembraron los valores morales que lo destacan.

Salvador Rondón, su papá, campesino de siembra y ganado, que alternaba con una pequeña bodega, en el pueblo de Clarines, en la que el joven Antonio ayudaba a la venta.

Doña Melida, su madre, mujer de temple y gran corazón, maestra muy querida en la región. En una entrevista que mi hijo Jaime le hizo a Rondón, publicada en la revista Dermatología Venezolana, se refiere a ella como una mujer que “se diferenciaba de todas por su belleza, su cultura, forma de hablar y escribir”.

Ya escolar, vino a Caracas para continuar su formación. Se hospedó en casa de un familiar a quien ayudaba en los oficios cotidianos como limpiar el carro, pulirlo una vez por semana y ser el “niño de mandado”.

Regresa a Clarines para cursar el sexto grado y vuelve a Caracas para completar el bachillerato en el Instituto Escuela en La Florida, internado.

.-

Ya bachiller se va a Mérida a comenzar sus estudios de Medicina, por sugerencia de un tío materno que había estudiado allá pero transcurridos dos años tuvo que regresar a Caracas debido al prematuro fallecimiento de su madre y aquí con muchos esfuerzos económicos aunque no de ánimo, ni de interés, culmina la carrera.

Fueron años difíciles pero felices, vendió boletos en el Hipódromo, trabajo de asistente médico en el Hospital de Pariata y con una pequeña beca logró completar el pregrado con buen promedio (año 1963).

De ahí... el internado y la residencia. Durante ese periodo comienza a asistir a la leprosería de Cabo Blanco como internista y conoció al

Dr. Jacinto Convit quien le sugirió que estudiara Dermatología., y dice al respecto:

“creo que fue una de las mejores decisiones de mi vida”.

Al concluir el postgrado de Dermatología en 1969 ingreso como adjunto del Servicio de Dermatología del Hospital Vargas en donde llega a Jefe de Servicio, hasta su jubilación. Comparte la asistencia con la docencia e investigación en la Cátedra de Dermatología de la Escuela de Medicina José María Vargas de la Universidad Central de Venezuela, desempeñándose como Jefe de Cátedra y Director del Postgrado de Dermatología del Instituto de Biomedicina.

“Mi estadía en el Instituto la he disfrutado al lado de mis colegas, de los alumnos, muchos de ellos adjuntos del servicio”.

(Aquí en el hospital de Clarines que lleva su nombre, con amigos del Instituto)

Como investigador se ha destacado en el estudio de la Leishmaniasis, enfermedades de las uñas, patologías del pelo, alopecias, fotobiología, Bioética y por supuesto, la dermatología clínica, que describe como “fascinante”.

Cientos de publicaciones incluyendo una decena de libros de Dermatología, dan constancia de su interés en la investigación y la educación médica continuada. En el gremio ha sido muy activo. En la Sociedad Venezolana de Dermatología ha ocupado todos los cargos incluyendo la presidencia durante tres periodos.

Aún mantiene ese interés, organizando las Jornadas de Terapéutica Dermatológica que junto con Ricardo Pérez Alfonso y mi persona realizamos desde hace 12 años. En la preparación de estas jornadas es donde he podido palpar personalmente, la avasallante personalidad de mi amigo Rondon así como su capacidad organizativa

Detrás de un hombre exitoso siempre hay una mujer genial y Antonio también la ha tenido en su esposa Natilse, destacada economista, madre y esposa ejemplar. Juntos criaron a cuatro hijos que los llenan de orgullo y a quienes hoy les dedico estas palabras para que conozcan y admiren a su padre, objeto de este sencillo homenaje y a su madre Natilse firme apoyo a quien Antonio define como

“ mi orientadora”.

Pero Rondon no es solo un destacado dermatólogo, podemos decir que en él también coexiste el poeta, deportista, ganadero, fino conversador, dice que toca sinfonía y acordeón, buen trago y mejor amigo.

“el tiempo se puede programar y para cada actividad se reserva un periodo: un tercio para descansar y comer, un tercio para trabajar y el otro tercio para disfrutar como si fuéramos a morir al día siguiente”.

Sigue visitando con frecuencia su pueblo natal, Clarines, en una hacienda heredada de su papa donde vive el campo y le retribuye su gentilicio hasta el punto de que hasta el hospital lleva su nombre.

“Voy con mi esposa, mis hijos, mi nieto y mis amigos”.

Que bueno que me cuento entre ese grupo.

Cuando Ricardo Perez supo de mi intervención el día de hoy quiso también que hablara sobre la huella que Antonio ha dejado en su persona con un alto sentimiento de respeto, admiración y amistad que evoluciona a la familiaridad. Me pide que mencione su capacidad de improvisar con éxito, su acertado manejo de las relaciones humanas a todos los niveles y la inagotable energía en la actividad académica y gremial.

Más que los premios, reconocimientos y el sin número de aportes que ha dado a la Dermatología venezolana, Antonio Rondón Lugo, para los que hemos transitado el mismo camino vital es una persona sencilla, amante de su profesión, de su familia y que disfruta a plenitud las satisfacciones que le ha dado la vida.

En la diapositiva podrán leer un poema que le escribió a su esposa Natilse

Natilse en la noche
es un lucero
lejano planeta
de mis sueños
que alumbra siempre
y apunta hasta mañana

Natilse en la noche
es un recuerdo
que vaga por doquier
como el gran Cristo,
es el viento frío de ventana
el calor de mi cuarto

reflejo de mi vista.

Y es Natilse:
esperanza,
suspiro largo
de un descanso
querer de la luna
amor del sol
y si no han adivinado
es mi amor.